

# Capítulo 4

Aportes teológicos de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI y su aplicación al contexto geopolítico futuro



## CAPÍTULO 4

### **Aportes teológicos de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI y su aplicación al contexto geopolítico futuro**

El contenido teológico que sustenta la enseñanza social de los Papas de comienzos del tercer milenio constituye un valioso patrimonio dirigido a salvaguardar la dignidad personal y de cada nación, dentro de un orden deseado por Dios, manifestado en las Santas Escrituras y la Tradición Eclesial. Por tanto, existe una connotación salvífica en las expresiones de índole teológica en cuanto que enriquecen la reflexión relativa al ámbito antropológico, ecomunitario, económico y geopolítico. Para tal efecto se ofrece un tipo de sabiduría superior que se identifica con la verdad profesada en el Evangelio de Jesucristo, en perspectiva de futuro, para la totalidad del planeta que incluye su amplia diversidad biosocial.

#### **4.1. La enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI y su aplicación al contexto geopolítico futuro**

Se considera, desde diversos frentes de investigación, que el tercer milenio debe caracterizarse por el surgimiento de un tipo distinto de sociedad más equitativa y solidaria. Este modo de comprensión tiene implicaciones en las distintas áreas de la vida personal y comunitaria. También desde el punto de vista geopolítico se aguardan relaciones internacionales más justas y pacíficas:

En este sentido se puede decir que, mientras la humanidad del período posindustrial quizá sea recordada como una de las más irresponsables de la historia, es de esperar que la humanidad de comienzos del siglo XXI pueda ser recordada por haber asumido con generosidad sus graves responsabilidades. (Francisco,

2015a, N.º 165)

La reflexión adelantada por los tres últimos pontífices de la Iglesia católica inspira proyectos que tienden al desarrollo humano integral, respondiendo a las legítimas aspiraciones de la comunidad global. Estos procesos de avance social implican la superación de etapas críticas que sucesivamente se presentan en el devenir histórico, las cuales exigen la correspondiente interpretación científica y sapiencial con el objeto de prevenir futuros hechos que perjudican la estabilidad existencial del ser humano y su entorno. A la vez se requiere la capacidad de inferir preventivamente las condiciones óptimas para el logro de la vida armónica ecomunitaria. Al respecto indica el cardenal Scola que:

Todos percibimos, con particular intensidad, la urgencia de un cambio, de una novedad radical [...] Vemos sólo una crisis económica o política y no la reconocemos según su verdadera naturaleza: nos encontramos ante un parto de civilización en el comienzo del nuevo milenio. (2018, p. 18)

El contexto geopolítico futuro implica tres elementos que comienzan a configurar un modelo diferente de comunidad internacional en las dos primeras décadas del siglo XXI. Estos aspectos son abordados por la enseñanza social de los tres últimos pontífices y corresponden a los esfuerzos para alcanzar la globalización de la solidaridad, la aplicación de la Declaración y los Objetivos de Desarrollo del Milenio que se concreta en la formulación de un nuevo paradigma de crecimiento integral y la necesidad de participación de los países de menor relevancia en la implementación de la agenda global.

La capacidad de vencer la globalización de la indiferencia debe desplegarse en este siglo de forma continua ante un panorama económico que presenta niveles extremos de crecimiento de la riqueza en determinadas élites de la sociedad y el aumento de la pobreza en amplias áreas de la población mundial.

Un estudio del Credit Suisse Research Institute demostró que la aparición de personas de alto poder financiero desde hace veinte años es proporcional a la expansión demográfica registrada en el planeta: "The number of millionaires worldwide has more than tripled since year 2000

1

2

3

4

as average wealth levels have risen and populations have expanded”<sup>13</sup> (2019, p. 141).

Este resultado hace necesaria la existencia de una mayor responsabilidad social de parte de los más acaudalados con respecto a la base poblacional creciente. De esta manera quienes disfrutan de mayor capacidad económica pueden ayudar a remediar la miseria de millones de personas. Así lo ha expresado el Papa Francisco ante Kristalina Georgieva, directora del Fondo Monetario Internacional, en el seminario “Nuevas formas de solidaridad”: “Un mundo rico y una economía vibrante pueden y deben acabar con la pobreza. Se pueden generar y estimular dinámicas capaces de incluir, alimentar, curar y vestir a los últimos de la sociedad en vez de excluirlos” (2020d, p. 2).

Esta visión del Papa Francisco acerca de la economía solidaria es compartida también por el premio nobel —de origen indio— Amartya Sen, el profesor de la Universidad de Columbia Jeffrey Sachs y el banquero, premio nobel de la paz, Muhammad Yunus, quienes participaron en un encuentro virtual coordinado desde la basílica de San Francisco en Asís, Italia, entre el 19 y 21 de noviembre de 2020. El Santo Padre, en este evento, ha propuesto:

[...] un modelo de solidaridad internacional que reconozca y respete la interdependencia entre las naciones y favorezca los mecanismos de control capaces de evitar todo tipo de sometimiento, así como velar por la promoción especialmente de los países sumergidos y emergentes; cada pueblo está llamado a volverse artífice de su destino y del mundo entero. (2020g, párr. 16)

A fin de alcanzar el propósito de relaciones más justas a escala planetaria, que se traduzcan en mejores condiciones de vida para todos, se requiere de la corresponsabilidad de cada líder o autoridad en materia política y económica. De esa forma las actividades y recursos se enfocan a la consecución del bien común global y no sólo al logro de los objetivos de rentabilidad individual o corporativa.

---

13 Traducción propia: “El número de millonarios en todo el mundo se ha más que triplicado desde el año 2000 a medida que los niveles medios de riqueza han aumentado y las poblaciones se han expandido”.

Frente al reto de la implantación de la cultura solidaria en el presente siglo, el Papa Juan Pablo II expresa en la carta apostólica *Novo millennio ineunte* la necesidad de desarrollar “una nueva imaginación de la caridad”, capaz de promover la cercanía con el hermano sufriente y la capacidad de compartir fraternalmente (2001a, N.º 50). También Benedicto XVI considera oportuno que se apoye en materia económica a los países más pobres del mundo con “planes de financiación inspirados en la solidaridad, con el fin de que ellos mismos puedan satisfacer las necesidades de bienes de consumo y desarrollo de sus propios ciudadanos” (2009a, N.º 27). Estas líneas de acción son coherentes con el contenido de la Declaración y los Objetivos de Desarrollo del Milenio que han sido suscritos por los miembros de la ONU.

La Asamblea General de este organismo multilateral señala algunos valores fundamentales para el fortalecimiento de las relaciones internacionales del siglo XXI, entre los cuales se destacan la libertad, la igualdad, la solidaridad, la tolerancia, el respeto de la naturaleza y la responsabilidad común. Su interés estriba en alcanzar “un mundo más pacífico, más próspero y más justo” (2000, N.º 1). Enfatiza la Declaración en la distribución equitativa de “los costos y las cargas” que se derivan de la problemática global y en la atención a los sufrientes o menos beneficiados por parte de aquellos con mejores condiciones vitales (N. 6).

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio reclaman la acción conjunta en el plano internacional para que se alcance la meta de erradicación del hambre y la pobreza extrema, se mejoren las condiciones de salud a escala global, se garantice la sostenibilidad del entorno natural y se procure una educación de calidad para todos.

Estas tareas sólo pueden adelantarse si se establece la alianza mundial para el avance social colectivo. En este sentido resulta aportante la reflexión plasmada por el Papa Francisco en la carta encíclica *Fratelli tutti* como llamamiento a la cooperación solidaria universal, más allá de las distinciones de nacionalidades o creencias religiosas.

La Organización de las Naciones Unidas y la enseñanza social de los pontífices del siglo XXI están proponiendo un modo distinto de desarrollo (crecimiento integral) que pueda “[...] satisfacer mejor las necesidades de las personas y los requisitos de transformación económica, al tiempo que proteja el medioambiente, asegure la paz y materialice los derechos humanos”. Puede afirmarse, en términos de Wu Hongbo, que

1

2

3

4

“está surgiendo una nueva y ambiciosa agenda para cambiar el mundo [...]” (2015b, p. 9).

Se requiere de la decidida voluntad política internacional para obtener la transformación global a partir de la integración armónica de la dimensión social y ecológica en contexto de sostenibilidad. La toma de conciencia de los líderes mundiales y de la generación de relevo es fundamental con el fin de garantizar la sinergia internacional y por ello cobra importancia el llamado del Papa Francisco a un pacto educativo global que implique una manera distinta de comprensión y relación de las futuras generaciones con su entorno ecocomunitario. Este proyecto supone la capacidad de “incluir a las periferias” que ofrecen “aspectos de la realidad que no se reconocen desde los centros de poder donde se toman las decisiones más definitivas” (2020a, N.º 215).

El nuevo paradigma de avance social que se despliega a escala mundial en el siglo XXI se concreta en los presupuestos del desarrollo sostenible que guarda relación directa con la protección del medioambiente y los nuevos modelos de producción técnica e industrial. Al respecto, la ONU ha expedido la Agenda 2030 que reúne un listado de objetivos para alcanzar —con criterio de sostenibilidad— la promoción de la agricultura, la gestión de los recursos hídricos, la accesibilidad a fuentes energéticas que potencien el crecimiento económico, el despliegue de la industrialización innovadora, el diseño de mejores tipos de ciudades y poblaciones a partir de correctos modos de oferta y consumo, la implementación de medidas para contrarrestar el cambio climático, la protección de los ecosistemas terrestres y acuáticos, el cuidado de la biodiversidad, el fomento de sociedades más pacíficas e incluyentes con mayor calidad de vida poblacional (2018, pp. 3-4).

En el presente siglo se hace necesaria la participación de los países en desarrollo en la implementación de la agenda global. Esa es la consigna de la enseñanza social reciente de la Iglesia. Se reclama su protagonismo en la toma de decisiones que afectan el destino del planeta, al tiempo que las grandes potencias colonialistas deben ceder ante sus pretensiones que se caracterizan por un nacionalismo excluyente y egoísta. Al respecto apunta el Papa Francisco: “Las negociaciones internacionales no pueden avanzar significativamente por las posiciones de los países que privilegian sus intereses nacionales sobre el bien común global” (2015a, N.º 169).

Kristalina Georgieva, directora del FMI, refuerza esta tesis al señalar que existe una migración de altos volúmenes de capital hacia economías robustas con el debilitamiento consecuente de la capacidad financiera de países menos favorecidos. Esta es la caracterización de una economía internacional que aún no favorece suficientemente el crecimiento equitativo de cada pueblo:

Nuestros análisis muestran que los países no miembros de la OCDE perdieron aproximadamente USD 200.000 millones anuales debido a que las empresas pueden trasladar sus beneficios a lugares de baja tributación. Estos ingresos perdidos hacen que sea incluso más difícil que las economías frágiles y los países de bajo ingreso aumenten su crecimiento y empleo, y que cumplan los Objetivos de Desarrollo Sostenible para mejorar el bienestar de los ciudadanos de estos países. (2020a, N.º1)

Llega, entonces, el tiempo oportuno —según Alicia Bárcena— para superar el “multilateralismo elitista” implementado desde pequeños ámbitos de poder como el G-7, el G-8 y el G-20 que diseña “la arquitectura global y su agenda”. Se requiere ampliar el espectro de influencia de los países que se encuentran en vías de crecimiento integral a fin de que exista una justa “provisión de bienes públicos globales” desde su perspectiva de desarrollo (2015, p. 127).

1

2

3

4

#### 4.1.1. Dimensión personal y familiar

El reto primordial que encara la enseñanza social de la Iglesia al comienzo del tercer milenio —en relación con el aspecto personal y familiar— se halla en la necesidad de salvaguardar el valor antropológico absoluto bajo el criterio de la igualdad fundamental y de la coexistencia fraterna. En este sentido, cobra especial importancia el compromiso “en la defensa del respeto a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural” (Juan Pablo II, 2001a, N.º 51). La comunidad internacional debe estar dispuesta a no ceder ante las presiones de intereses financieros que buscan instalar a nivel mundial una anticultura basada en la supresión de la vida gestante y en la reducción de los costos de servicios de salud a

partir de la extensión generalizada de la eutanasia.

El Papa Benedicto XVI indica el criterio cierto que se ha de aplicar en el caso de tentativas de manipulación de las decisiones que atañen al cuidado legítimo de la vida, motivadas por grupos de alto poder económico que proponen una agenda global secularizada: “Ciertamente debemos ejercer una vigilancia crítica y, a veces, rechazar financiamientos y colaboraciones que, directa o indirectamente, favorezcan acciones o proyectos en contraste con la antropología cristiana” (2013, párr. 4). En cambio, propone el apoyo a todo aquello que sea dirigido “en beneficio de la verdadera civilización” del amor (2013, párr. 3).

También es oportuno que se establezca la auténtica relación entre la dimensión ética y el desarrollo de nuevas potencialidades científicas que se circunscriben en el ámbito de la biotecnología, a fin de preservar la dignidad exclusiva de la creatura humana. La experimentación en las áreas genéticas y biomédicas —que aumenta en su complejidad en el presente siglo— ha de preservar el patrimonio genómico de nuestra especie sin pretender fusionarlo o recombinarlo con otros tipos de ejemplares biológicos o de replicarlo por prácticas de clonación. El ser humano se concibe —desde esta perspectiva— con su carácter sagrado, único e irrepetible.

El respeto de la condición personal implica la consideración de su “doble dimensión vertical y horizontal” (Benedicto XVI, 2013, párr. 4). Se despliegan, según esta perspectiva, amplias potencialidades de edificación comunitaria al identificarse la vida humana como proyecto establecido desde la alteridad y la socialización.

Ante la crisis extrema registrada en el siglo XX, caracterizada por la confrontación bélica mundial y la escalada armamentista atómica, el itinerario antropológico que señalan los pontífices de comienzo del tercer milenio destaca la importancia de recomponer las dinámicas de interacción socioambientales a partir del hallazgo de caminos dialógicos fundados en la valoración de los aportes intersubjetivos. Así se constituye la fraternidad global como posibilidad de encuentro de diversidades poliédricas, vinculadas por el denominador común de la pertenencia a una misma especie.

Esta es la vía de solución que el Papa Francisco plantea frente a la problemática suscitada por la conducta individualista e instalada como estándar cultural que privilegia el consumo desproporcionado y la



indiferencia: “Anhelo que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todo un deseo mundial de hermandad” (2020a, N.º 8).

Al respecto, la enseñanza social de la Iglesia propone el principio de la igualdad personal como constitutivo esencial de la defensa de los auténticos derechos humanos. También insiste en el valor de la coexistencia fraterna para alcanzar adecuados niveles de vida que garanticen el desarrollo humano integral. Por ello se elaboran aportes que pueden ubicarse dentro de una valiosa *antropología para la solidaridad*.

La recuperación de la comunicación genuina es una de las condiciones para alcanzar la constitución de una sociedad planetaria más armónica. Los conflictos surgen, ante todo, cuando se produce la crisis en la comprensión interpersonal y comunitaria.

En este sentido, el Santo Padre sugiere el empleo de “los gestos y palabras primordiales” que permiten la superación de las expresiones de carácter técnico o formal, carentes de vida (2018b, p. 172). Es decir, en el nuevo milenio se requiere la proximidad que genera contenido afectivo. Se trata de humanizar las relaciones que se establecen en forma cotidiana en el hogar y en la convivencia social.

Para el Papa Francisco, el camino dialógico es fundamental para que se establezca un proyecto de constitución comunitaria, centrado en la coexistencia pacífica y aportante. Por ello afirma: “Lo que vale es generar procesos de encuentro, procesos que construyan un pueblo que sabe recoger las diferencias. ¡Armemos a nuestros hijos con las armas del diálogo!” (2020a, N.º 218).

El diálogo alcanza su plenitud en la presencialidad. Por ese motivo se requiere expresar el amor de amistad y el sentido de unidad por medio de la sonrisa, el abrazo y el saludo que hace estrechar las manos. Todo esto genera confianza y seguridad en las relaciones humanas. Así lo expresa el Santo Padre: “La comunicación perfecta se lleva a cabo con el tacto. El tacto es lo mejor para la comunicación” (2018b, p. 174).

Sin embargo, esta aproximación al prójimo no significa que se logra conocerlo en toda su profundidad, sino que conserva siempre una condición oculta que se revela progresivamente. Este es el carácter inefable de la persona humana:

No se puede decir nada ante el misterio de otra persona [...] Y

1

2

3

4

debo comunicarme desde lo más profundo de mi misterio, de mi experiencia, del modo más silencioso posible. Y en situaciones límites, sólo por medio del tacto... Se trata de expresar la proximidad por medio de gestos. (Francisco, 2018b, p. 127)

El don de otra persona implica la actitud receptiva y su valoración a partir de experiencias de contemplación que son suscitadas en condiciones contextuales vinculadas al recogimiento.

En términos del Papa Francisco: “No es posible tener una comunicación de calidad sin una capacidad de silencio” (2018b, p. 128). Así se suscita la posibilidad de captar la manifestación brindada por otro ser humano y comprender el sentido de su expresión.

Esta captación del valor de cada ser humano permite el reconocimiento de sus condiciones singulares de existencia en medio de la diversidad. Esta manera de comprensión puede extenderse socialmente hasta convertirse en un tipo de cultura en la que importa la presencia de los que históricamente se han sentido marginados o excluidos. “Esto implica el hábito de reconocer al otro el derecho de ser él mismo y de ser diferente” (Francisco, 2020a, N.º 218).

Para alcanzar acuerdos en contextos de diferencias se requiere el establecimiento de espacios comunes que pueden hallarse en el hogar o en otro tipo de ambientes sociales. Allí el encuentro se enriquece con signos que pertenecen a la esencia antropológica universal. Por ese motivo indica el Santo Padre que “no es posible concebir una comunicación de calidad sin beber, o comer, o hacer alguna cosa juntos” (2018b, p. 131).

El Papa propone la integración de saberes aportados por la juventud y los abuelos para que se promueva el auténtico desarrollo comunitario. Esto implica el establecimiento de los puentes dialógicos necesarios a fin de que se produzca la participación recíproca:

Ha llegado el momento en que los ancianos deben soñar y contarnos sus sueños. Para que los jóvenes cumplan las profecías y cambien el mundo. No es la hora de los adultos [...] No, los protagonistas que salvarán el mundo serán esos dos grupos. (2018b, p. 134)

También sugiere que la comunicación social logre superar cuatro dificultades en el tercer milenio si pretende mantener la objetividad en la

transmisión de su mensaje. Debe evitar: la desinformación que consiste en la versión parcial de los hechos por conveniencia; la calumnia por la cual se busca la afectación directa de determinada persona; la difamación o recuerdo de los hechos negativos del pasado y el sensacionalismo, interpretado como el voyerismo repugnante (2018b, p. 136).

El diálogo humanista y fructífero implica la “proximidad” como condición básica de relación porque no es posible que se pueda obtener la cercanía con la actitud arrogante, en la cual se establecen barreras comunicativas entre las personas, “la única llave que abre la puerta de la comunicación es la humildad [...] Se comunica de igual a igual. Se comunica de abajo hacia arriba” (2018b, p. 142).

Por tanto, el Santo Padre propone el crecimiento en la alteridad a partir de gestos y palabras que destacan la importancia del interlocutor o del “otro”, dotado de valor ontológico absoluto. De esa forma se construye el auténtico tejido social bajo los presupuestos de la *cultura del encuentro*.

El Papa recomienda diversos contenidos axiológicos a la sociedad del siglo XXI si desea optar por el desarrollo comunitario integral. Este proyecto implica un largo proceso de implantación a través del devenir histórico futuro. Así lo comprende Alexandre Awi Mello: “Se trata de valores a cultivar hoy, pero que sólo serán reconocidos a largo plazo, pues todo proceso cultural lleva años para establecerse e impregnar la cultura” (2017, p. 743).

Sólo si se logra la superación del individualismo y el alcance de la actitud solidaria interpersonal puede concebirse una sociedad auténticamente fraterna que evidencia avance en los índices de desarrollo humano global: “Nuestra vida crece en humanidad al pasar del carácter individual al personal. El auténtico camino de humanización va desde el individuo que percibe al otro como rival, hasta la persona que lo reconoce como compañero de viaje” (Francisco, 2019c, párr. 15).

Según expresa la encíclica *Fratelli tutti*, en los numerales 5 al 8, se requiere una fórmula para obtener la integración armónica a escala social: se debe actuar conjuntamente para superar las crisis o dificultades, incorporando a cada persona en el alcance de soluciones creativas que permiten vencer la fragmentación, a partir de la consideración de la riqueza constructiva del prójimo.

Este itinerario de reconstrucción del sentido de lo humano en la sociedad del tercer milenio exige nuevos tipos de liderazgo personal

1

2

3

4

caracterizados por la búsqueda continua de la reconciliación y la cohesión social. Así se puede estimular la participación de múltiples protagonistas en la conquista del desarrollo comunitario, provenientes de diversas condiciones ecoculturales, pero con idéntica importancia antropológica. Todo este caudal de aportes genera comprensión amplia de la realidad desde distintas ópticas y tendencias. La capacidad de integrar tales saberes otorga importancia a los coordinadores del proceso de transformación histórica a nivel glocal. En términos del Papa Francisco, “se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia” (2020a, N.º 225).

#### 4.1.2. Dimensión ecológica

Los pontífices de comienzos del siglo XXI realizan varias aportaciones, desde la perspectiva ecológica, que pueden aplicarse al contexto geopolítico futuro. Se recomienda principalmente la innovación con destino a la protección del medioambiente; la interacción entre sistemas naturales y sociales a fin de evitar la degradación ecológica y la pobreza; la implementación de medidas efectivas que logren saldar la deuda ecológica y combatir el cambio climático; la promoción de la educación y la integración de las ciencias con los saberes religiosos en favor de la ecología integral.

El avance tecnológico debe convertirse en aliado de la conservación del entorno natural en cuanto que “podría generar formas inteligentes y rentables de reutilización, refuncionalización y reciclado; podría mejorar la eficiencia energética de las ciudades” (2015a, N.º 192). Este sistema de optimización de recursos implica el impulso a la producción sostenible que se relaciona con nuevos modelos de gestión ambiental y la planeación de ciudades sustentables.

El interés de la Iglesia ha crecido notablemente en este último aspecto en los últimos años y ha establecido, por ejemplo, gracias a la gestión del Cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo emérito de Barcelona, la “Fundación Antonio Gaudí” con el fin de favorecer la implantación de procesos ecosociales en los conglomerados urbanos.

El Papa Francisco, en un mensaje dirigido al prelado catalán, con motivo del Congreso Internacional *Laudato si'* y las Grandes Ciudades,

señala un reto a los dirigentes civiles en favor del mejoramiento de las condiciones de habitabilidad en las urbes más pobladas: “Cada territorio y gobierno debería incentivar modos de actuar responsables en sus ciudadanos para que, con inventiva, puedan interactuar y favorecer la creación de una casa más habitable y más saludable” (2017g, párr. 4).

Según Horacio Terraza, experto en temas urbanos y ambientales del Banco Interamericano de Desarrollo, existe un imperativo categórico de índole estética señalado por la encíclica del Santo Padre que promueve el bienestar integral de los habitantes de zonas urbanizadas en consonancia con el cuidado del entorno natural:

En diversas instancias, *Laudato si'* hace referencia a la importancia de reducir el caos de las ciudades, hacer que estas sean respetuosas de los sistemas naturales y configuradas de tal forma que el acceso a espacios bellos y verdes no esté limitado solo a algunos cuantos. En otras palabras, el llamado es hacia un mayor ordenamiento del territorio, desde un enfoque de equidad social y espacial. (2017, p. 278)

Por tanto, la ecoinnovación se convierte en una de las condiciones básicas del diseño urbanístico del tercer milenio que comprende “una noción más amplia de lo que es la calidad de vida” (2015a, N.º 192).

La producción energética lograda con “formas menos contaminantes” es otro aspecto de importancia en la protección de los ecosistemas naturales que reclama capacidad innovadora. Para alcanzar tal propósito, recomienda el Papa que los países menos favorecidos en recursos económicos cuenten con la ayuda de las sociedades más desarrolladas. Dentro de las tecnologías que recomienda se destaca el aprovechamiento solar como recurso energético que implica bajo costo frente a los riesgos que se derivan del cambio climático (2015a, N.º 172).

Con la intención de evitar la degradación ecológica y el empobrecimiento de las poblaciones más vulnerables, la enseñanza social de la Iglesia considera pertinente afianzar en el futuro la integración entre los sistemas naturales y sociales. El planteo del Santo Padre Francisco, al respecto, se inspira en la salvaguarda de la “casa común”: “Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente

1

2

3

4

para cuidar la naturaleza” (2015a, N.º 139).

Este modo de abordaje de los asuntos ecocomunitarios se identifica con la *cultura del cuidado global* en la cual no se descarta ningún elemento del hábitat social y ambiental. Al contrario, cada elemento goza de un valor intrínseco que debe ser custodiado con los recursos y potencialidades que estén al alcance porque emprender la tarea de “cuidar el mundo que nos rodea y contiene es cuidarnos a nosotros mismos” (2020a, N.º 17).

Los intereses financieros de ciertas naciones y corporaciones multinacionales que persiguen un “rédito rápido” a costa de la marginación de poblaciones vulnerables y la destrucción de la armonía natural se convierten en grandes obstáculos para alcanzar el objetivo del desarrollo sostenible en la doble dimensión humana y ecológica. No se puede seguir promoviendo una forma de vida “vacía, inmediatista y sin un proyecto común” que deriva en el surgimiento de nuevas confrontaciones o guerras (2020a, N.º 17).

El avance integral de la humanidad en el tercer milenio se inspira en la capacidad de comprender la importancia de la dimensión personal bajo el principio de la coexistencia armónica con los demás seres que conforman el entorno natural. Sólo venciendo la tendencia heredada de siglos anteriores que conduce a la depredación y a la tiranía sobre los demás componentes ecosistémicos se logra fundar un nuevo tipo de sociedad con conciencia ambiental. Así lo contempla el cardenal Scola: “[...] en el futuro será cada vez más necesario vincular el tema ecológico al antropológico, para superar una visión del mundo como arsenal de recursos a usar según los propios gustos [...]” (2018, p. 85).

Otra de las recomendaciones que la enseñanza social realiza en el ámbito ambiental se centra en la formulación de medidas concretas que permitan la superación de la deuda ecológica y la mitigación del cambio climático. Los países que se han lucrado con el empleo de los recursos naturales en distintas zonas geográficas del planeta se encuentran en la obligación moral de ayudar al mejoramiento de las condiciones existenciales de comunidades y ecosistemas que se hallan en estado de vulnerabilidad.

Afirma el Papa Francisco, ante los ministros del ambiente de la Unión Europea, que los estados nacionales más favorecidos desde el punto de vista económico pueden adoptar medidas concretas en beneficio

de una mayor justicia ecológica:

[...] están llamados a contribuir, a resolver esta deuda dando buen ejemplo, limitando de modo importante el consumo de energía no renovable, aportando recursos a los países más necesitados para promover políticas y programas de desarrollo sostenible, adoptando sistemas de gestión adecuada de las selvas, del transporte, de la basura, afrontando seriamente el grave problema del desperdicio de los alimentos, favoreciendo un modelo circular de la economía, alentando nuevas actitudes y estilos de vida. (2015h, párr. 4)

En la Conferencia de las Naciones Unidas (COP 26), celebrada en Glasgow, el Santo Padre ha invitado al compromiso global para afrontar el reto que implica la nueva época de la historia de la humanidad. Las sociedades que disponen de mayores recursos pueden emprender tareas en pro de la conservación ambiental; de esta forma logran responder al protagonismo responsable que les reclama el máximo representante de la Iglesia católica:

[...] deben liderar la financiación climática, la descarbonización del sistema económico... y el apoyo a los países más vulnerables para adaptarse a los impactos del cambio climático y responder a las pérdidas y daños derivados de este fenómeno. (2021e, párr. 6)

La promoción de la educación en bien de la ecología integral es otro aspecto en el que la enseñanza social pontificia ofrece aportes significativos con proyección futurista. Para tal efecto el Papa ha inaugurado el Pacto Educativo Global, establecido en los centros de formación católica, que involucra a más de 70 millones de estudiantes a nivel mundial. También adelanta un proyecto denominado la Economía de Francisco en el que participan investigadores que exploran métodos para la superación de la pobreza y aplicación de producción sostenible con tecnologías amigables con el entorno natural.

En la Cumbre Virtual sobre Retos Climáticos indica las condiciones para alcanzar un diseño formativo que involucre integralmente al

1

2

3

4

ser humano y responda a las aspiraciones de un proyecto de vida ecocomunitario. Para tal efecto, “las medidas políticas y técnicas deben unirse con un proceso educativo que favorezca un modelo cultural de desarrollo y de sostenibilidad centrado en la fraternidad y en la alianza entre el ser humano y el ambiente” (2020f, N.º 2).

La enseñanza social pontificia también propone la integración de las ciencias con los saberes religiosos, a fin de garantizar la protección ambiental en el tercer milenio. Por tanto, en la tarea de recuperar la armonía planetaria luego de la devastación consumista “[...] ninguna forma de sabiduría puede ser dejada de lado, tampoco la religiosa con su propio lenguaje” (2015a, N.º 63). Se trata de valorar el conocimiento aportado por las distintas tradiciones que permita la captación integral de la dimensión ecológica.

Cada sistema de creencias religiosas debe expresar, a su manera, la importancia de los bienes ecocomunitarios que puede propiciar la relación ecuménica en torno a la importancia del mundo natural. Teniendo en cuenta que la mayoría de la población mundial manifiesta su creencia en Dios, las religiones “deberían entrar en un diálogo entre ellas orientado al cuidado de la naturaleza, a la defensa de los pobres, a la construcción de redes de respeto y de fraternidad” (2015a, N.º 201).

#### **4.1.3. Dimensión político-económica**

Tres aportes fundamentales realiza —en mi concepto— la enseñanza social pontificia en los comienzos del siglo XXI que son aplicables al contexto geopolítico futuro, en lo concerniente a la dimensión político-económica: El replanteo integral de la nueva política que implica la mayor eficacia de las organizaciones multilaterales a partir de la visión humanista; la aplicación del nuevo modelo económico y de desarrollo productivo a escala internacional; la instauración de la cultura del encuentro como solución a la crisis financiera global.

La posibilidad de replantear el esquema político internacional se alcanza cuando se propone el camino dialógico en el cual participan distintas disciplinas que representan la complejidad eco-social. Por ejemplo, el empleo de los modernos medios de comunicación brinda herramientas que garantizan la tutela de los derechos humanos y la



generación de espacios democráticos incluyentes. Así lo expresa el Papa Francisco en la exhortación apostólica dirigida a la juventud de todo el orbe, “[...] el entorno digital es un contexto de participación sociopolítica y de ciudadanía activa, y puede facilitar la circulación de información independiente capaz de tutelar eficazmente a las personas más vulnerables poniendo de manifiesto las violaciones de sus derechos” (2019a, N.º 87).

La difusión amplia y veloz de la información favorece los procesos de cambio político al ubicar de forma prioritaria la percepción de los pueblos frente a la problemática social y sus posibles modos de solución. De tal forma que la globalización “[...] nos permite imaginar un mundo en donde al menos se pueda coincidir a nivel mundial en la vinculación de todos como especie, para lograr respetar los derechos humanos y la igualdad entre todos” (Uribe, 2018, p. 73).

En tal sentido, es recomendable la activación de un *think tank* (laboratorio de ideas) a nivel global que sintetice las aspiraciones de los ciudadanos en materia de políticas nacionales e internacionales que sean aplicables por los distintos gobiernos bajo solemne compromiso público y contrastables en su ejecución. Este ejercicio representa un modo real de intervención en la vida política por parte de los electores.

La futura creación del Fondo Mundial contra la Miseria también se considera pertinente en cuanto que reúne los aportes de recursos de personas acaudaladas, los donativos de empresas multinacionales con gran capacidad financiera y las asignaciones de cada país, en proporción con el volumen de su producto interno bruto. Este instrumento permite el avance de diversas obras en las zonas más deprimidas del planeta en relación con el mejoramiento de la calidad de vida personal y comunitaria.

Se requiere del liderazgo de las corporaciones multilaterales en el tercer milenio a fin de que los indicadores del desarrollo humano integral registren crecimiento continuo en todas las áreas del planeta y se verifique un nuevo tipo de intervención política a nivel global. El Santo Padre, en su más reciente encíclica, recomienda que un modo de jefatura global “al menos debería incluir la gestación de organizaciones mundiales más eficaces, dotadas de autoridad para asegurar el bien común mundial, la erradicación del hambre y la miseria, y la defensa cierta de los derechos humanos elementales” (2020a, N.º 172).

Durante la visita apostólica realizada a Brasil, en el encuentro

1

2

3

4

con la clase dirigente de esta nación, el Papa destaca la importancia de la humanización de la vida económica que implica la ubicación del ser humano en condición de protagonista y fin de la actividad productiva. Plantea la primacía ontológica frente al reduccionismo tecnocrático como principio vital en el ambiente político. Estos son los elementos constitutivos y esenciales de la tarea que desempeñan los auténticos líderes de la comunidad internacional en el presente siglo: “El futuro nos exige también una visión humanista de la economía y una política que logre cada vez más y mejor la participación de las personas, evite el elitismo y erradique la pobreza” (2013a, p. 65).

El Santo Padre propone un modelo económico y productivo distinto al inspirado en el individualismo que parte de la consideración de la importancia de la dignidad humana y del conjunto de necesidades básicas que deben ser satisfechas.

Por tanto, “[...] es posible aceptar el desafío de soñar y pensar en otra humanidad. Es posible anhelar un planeta que asegure tierra, techo y trabajo para todos” (2020a, N.º 127).

El cambio en el diseño de la arquitectura financiera internacional, más benigna con los principios de inclusión y de avance social, también es contemplado por el cardenal Scola que es partidario de un enfoque económico centrado en la persona. Al respecto plantea el siguiente interrogante: “¿Cómo no ver que, sin una acción decidida y responsable a nivel ético—antropológico, ni siquiera el mercado mejor estructurado y garantizado resolverá los problemas?” (2018, p.18).

Se torna necesario modificar el sistema normativo de las finanzas internacionales para alcanzar el propósito de una economía que otorgue mayor valor a la condición humana en sí misma: “La primera urgencia se refiere a la dimensión de lo ‘macro’, es decir, de las reglas del sistema financiero. En este ámbito es necesario trabajar para identificar y poner por obra reglas, a nivel internacional, que sean apropiadas y más justas” (2018, p. 68). El carácter vinculante de tales convenciones es absolutamente necesario si se desea obtener un cambio de alcance orbital.

Dentro de este contexto se sitúa la problemática relativa a la deuda externa contraída por países con dificultades económicas. San Juan Pablo II, en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, expresa su interés en que los organismos financieros internacionales, como el Banco

Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo o el Fondo Monetario Internacional, obtengan unanimidad de criterios con miras al alcance de fórmulas que posibiliten el alivio económico de naciones que han recibido créditos de entidades multilaterales:

Es de desear que los Estados miembros de tales organizaciones, sobre todo los que tienen un mayor peso en las decisiones, logren encontrar el consenso necesario para llegar a una rápida solución de una cuestión de la que depende el proceso de desarrollo de muchos países, con graves consecuencias para la condición económica y existencial de tantas personas. (2001a, N.º14)

Esta aspiración a un acuerdo favorable para las naciones con condiciones económicas precarias también ha sido expresada por Benedicto XVI y el Papa Francisco.

La pandemia experimentada desde 2019 ha actualizado el debate acerca del endeudamiento internacional en cuanto que se requieren fuertes insumos financieros para reactivar el aparato productivo en cada región del planeta. Infortunadamente no todas las naciones cuentan con la suficiente capacidad de respuesta frente a las exigencias que la crisis impone. En sintonía con el magisterio pontificio, la organización Caritas de Italia sostiene que es necesario “[...] interrompere la spirale dell’accumulazione del debito, che genera dipendenza anche sul piano politico, e procedere ad una cancellazione di quanto dovuto in questo periodo, mentre si pensa a soluzioni a più lungo termine [...]” (2020, p. 10)<sup>14</sup>.

En un evento que ha reunido virtualmente a jóvenes profesionales de 115 países, el Santo Padre presenta su visión de futuro con respecto a la economía que implica la atención “a la mística del bien común” (2020e, párr. 7). Se requiere la modelación de una nueva forma cultural que promueva procesos solidarios entre las naciones, evite la dominación de las potencias financieras sobre comunidades vulnerables y suscite el progreso de regiones del planeta que padecen de marginación (2020e, párr. 16). De esta manera se obtiene el protagonismo de cada pueblo en su proceso de desarrollo autónomo.

<sup>14</sup> Traducción propia: “...interrumpir la espiral de acumulación de deuda, que también genera dependencia a nivel político, y proceder a la cancelación del monto adeudado en este período, pensando en soluciones a más largo término...”

1

2

3

4

Esta propuesta de integración supone el establecimiento de la *cultura del encuentro* como fórmula de solución a la crisis financiera que afecta al mundo entero, por causas relacionadas con la pandemia. Se necesita del aporte recíproco de cada integrante de la sociedad internacional para superar la limitación en el crecimiento económico que conduce al aumento de la pobreza en las zonas más deprimidas a nivel mundial. Es urgente que se produzca el cambio de perspectiva geopolítica, evidenciándose el paso de la confrontación a la tarea constructiva conjunta. Así lo anuncia Kegley y Raimond: “[...] del temor puede surgir el comienzo de una nueva era en la que el antiguo patrón de la rivalidad entre las grandes potencias y la guerra sea reemplazado por la cooperación y la paz” (2007, p. 246).

Se requiere una nueva orientación política con incidencia real en la vida económica de todos los pueblos bajo el principio rector de la comunión internacional. Esta alianza reclama objetivos precisos de los responsables del destino de las naciones, a fin de que los recursos económicos sean empleados racionalmente en la solución de las necesidades básicas de la población mundial, generando desarrollo y no destrucción. Por ese motivo la Declaración de Abu Dabi señala las tareas básicas que deben desempeñarse a nivel geopolítico en el tercer milenio:

[...] pedimos a nosotros mismos y a los líderes del mundo, a los artífices de la política internacional y de la economía mundial, comprometerse seriamente para difundir la cultura de la tolerancia, de la convivencia y de la paz; intervenir lo antes posible para parar el derramamiento de sangre inocente y poner fin a las guerras, a los conflictos, a la degradación ambiental y a la decadencia cultural y moral que el mundo vive actualmente. (2019d, p. 3)

Este trabajo conjunto, inspirado en la obtención del bienestar universal, supone el sostenimiento de relaciones renovadas entre los países del orbe que logre promover el desarrollo equitativo y sostenible a nivel mundial. Así lo refiere el Santo Padre, al dirigirse a los participantes en las Reuniones de Primavera 2021 del Fondo Monetario Internacional y del Grupo del Banco Mundial. Insta a los directivos de estas organizaciones a elaborar un plan incluyente, capaz de responder a los requerimientos

planteados por la crisis financiera. Considera pertinente que “todas las voces puedan ser escuchadas y todos puedan prosperar, encontrando puntos de contacto, tendiendo puentes y previendo proyectos inclusivos a largo plazo” (2021, párr. 3).

#### **4.2. Aportes teológicos que realiza la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI y su aplicación en el contexto geopolítico futuro**

Con el fin de determinar los aportes teológicos de la enseñanza social de los Papas de comienzos del tercer milenio, aplicables al contexto geopolítico futuro, se debe considerar la importancia de la influencia posconciliar en las líneas de pensamiento eclesial que supone la interdependencia entre la Sagrada Escritura, el contenido de la Tradición bimilenaria, el diálogo constructivo con la cultura contemporánea y el enriquecimiento producido por el contacto ecuménico e interreligioso.

Este es el sentido que adquiere, por ejemplo, la reflexión teológica realizada por el Papa Bergoglio, en la cual se verifica tanto la valoración de las raíces de la experiencia de fe cristiana como la atención a la apertura universal que implica la necesaria relación intercultural del siglo XXI. Por tanto, se trata de un proceso dinámico en el cual se evidencia un modo específico de encuentro con la realidad circundante (de alcance incluso global) a partir de la adhesión vital a Jesucristo. En esto consiste, según el Santo Padre, la esencia del pensamiento teológico:

En continuidad con el Vaticano II, Francisco avanza en la convicción de que la teología debe nutrirse de la Tradición de la Iglesia y fundarse en el Evangelio. En este sentido, debe ser tanto palabra que ilumina como acción que transforma la vida del creyente en sus relaciones. (Solano y Garavito, 2016, p. 238)

El complejo tejido de interconexión mundial que caracteriza al tercer milenio exige que se establezca la integración armónica de las diversas áreas del saber humano a fin de que se alcance una mejor percepción del mundo real. Por tal motivo cobra importancia la valoración del contenido sapiencial que se halla tanto en la tradición cristiana como en las distintas confesiones religiosas que existen desde la antigüedad y

1

2

3

4

que constituyen un auténtico patrimonio histórico, evitando la tendencia reduccionista del conocimiento técnico e instrumental que limita la comprensión amplia de los seres y fenómenos que conforman el entorno natural y cultural. El Papa Francisco indica, al respecto, que “no puede admitirse que en el debate público sólo tengan voz los poderosos y los científicos. Debe haber un lugar para la reflexión que procede de un trasfondo religioso que recoge siglos de experiencia y de sabiduría” (2020a, N.º 275).

Por tanto, es preciso que la teología se disponga, realizando un ejercicio reflexivo profundo a partir de la iluminación aportada por la trascendencia, a “contemplar, discernir y proponer” nuevos rumbos que permitan el alcance del crecimiento ecocomunitario. Este es el itinerario propuesto por el Santo Padre en su obra titulada *Soñemos juntos*. Allí se destaca el valor de la actitud compasiva como categoría teológica que permite forjar el destino de los pueblos al comienzo del siglo XXI.

En Jesucristo se ubica la clave hermenéutica que esclarece el sentido existencial a partir de la entrega gratuita de su vida. Se trata de una vivencia kenótica que implica el empeño solidario frente al dolor ajeno y supone la capacidad donativa del ser ante las circunstancias adversas que vive el prójimo. Esta es la experiencia que se capta en la parábola que sirve de inspiración a la sociedad futura en lo respectivo al desarrollo humano integral:

Actuar al estilo del samaritano en una crisis implica dejarme golpear por lo que veo, sabiendo que el sufrimiento me va a cambiar. Los cristianos hablamos de esto como asumir y abrazar la Cruz. Abrazar la Cruz, confiados en que lo que viene es vida nueva, nos da el coraje para dejar de lamentarnos y salir al encuentro para servir a los demás y así suscitar el cambio posible, que sólo nacerá de la compasión y el servicio. (2020b, pp. 3-4)

La dificultad que vive el hermano se convierte en posibilidad de acción creativa, desde la perspectiva del cristianismo, fomentando la aplicación del tiempo, talentos y recursos en la solución de acontecimientos críticos. Este tipo de opción voluntaria impulsa la movilización de fuerzas de cooperación internacional ante los eventos que perjudican el bienestar de las comunidades locales.

Para alcanzar óptimos resultados en la tarea del alivio de la problemática social se requiere la creatividad y el esfuerzo de cada persona, en especial si se encuentra animada por la fe, ya que las enseñanzas plasmadas en las Santas Escrituras inspiran el diseño de formas que manifiestan la caridad en favor de una civilización cada vez más humanizada.

Al respecto, el Papa Francisco brinda en el libro denominado *La vida después de la pandemia* una serie de “claves para reconstruir un mundo mejor y comunicar esperanza en contexto de sufrimiento” y reta a los líderes mundiales a idear un escenario vital, comunitario y ecológico, mejor dispuesto para la expresión concreta de la bondad:

Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que sólo el Evangelio nos puede proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar, ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de ‘hacer nuevas todas las cosas’. (Ap 21,5) (2020c, p. 49)

El Santo Padre valora a lo largo de su pontificado la dinámica espiritual que no se evidencia únicamente en los contornos de la experiencia cristiana, sino que se verifica también en otras confesiones religiosas. Este es un hecho de alto valor en el diálogo interreligioso que proporciona perspectivas de esperanza en el ámbito de las relaciones entre los pueblos, en cuanto que las religiones deben ayudar a la unificación de criterios en torno a la práctica del bien.

Por tal motivo, únicamente se podrá superar la condición crítica de inicios de siglo y se establecerá una mejor condición de existencia personal y comunitaria a nivel global si se logran alcanzar cuatro principios que pertenecen a la esencia del humanismo abierto a la manifestación sobrenatural: la formación de la conciencia recta, iluminada por la verdad revelada; el vencimiento del individualismo; la divulgación de valores inspirados en la dimensión trascendente y la superación de filosofías materialistas de carácter intramundano que pretenden divinizar al hombre. Tanto el Papa Francisco como el Gran Imán de Al-Azhar ofrecen estas recomendaciones en el *Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común* (párr. 17). De tal manera que el futuro

1

2

3

4

de las naciones depende en gran medida de su apertura a la riqueza formativa aportada por las distintas tradiciones religiosas que propenden por la dignidad del ser humano.

San Juan Pablo II indica el criterio básico de la praxis cristiana en el comienzo del milenio al destacar la importancia de la vivencia comunitaria del mandamiento del amor, evitando así la distorsión provocada por el intimismo egocéntrico que impide el acercamiento al prójimo con criterio de servicio. El aporte caritativo es la nota sobresaliente y el fundamento interpretativo de la enseñanza social de Benedicto XVI y el Santo Padre Francisco, en línea de continuidad con el pensamiento del Papa Wojtyła. Por tanto, “se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo” (Juan Pablo II, 2001a, N.º 52).

A fin de garantizar la vigencia de Cristo en la cultura del tercer milenio, Juan Pablo II recomienda el conocimiento, el amor y la imitación del Señor, cuya enseñanza está plasmada en el Evangelio y conservada por la Tradición eclesial. Este es el itinerario que debe cumplir la comunidad creyente alrededor del mundo, estableciendo un diálogo constante entre la fe y la cultura a través de un lenguaje permanentemente actualizado. Advierte el pontífice polaco que “no se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre [...]” (2001a, N.º 29). Este proyecto se comprende como la verdad evangélica que busca la transformación histórica por medio del perfeccionamiento de las sociedades en el ejercicio de la caridad.

El Papa Francisco denomina, en su mensaje a la TED Conference de Vancouver, “revolución de la ternura” a este proceso dinámico del amor en el contexto socioambiental que permite “[...] oír el grito de los pequeños, de los pobres, de los que temen el futuro; escuchar también el grito silencioso de nuestra casa común, la tierra contaminada y enferma” (2017e, párr. 12). Implica una actitud de abajamiento hasta el nivel del ser que sufre con el propósito de socorrer de manera solidaria su condición existencial. Este es el ejemplo que Jesús ha expresado al encarnarse en las condiciones sociales adversas para obrar la redención.

Por tanto, el “lenguaje concreto del amor” (2017e, párr. 13) es el código comprensible por la humanidad entera que debe manifestarse en los albores del presente siglo para alcanzar el grado óptimo de alteridad



entre los diversos pueblos de la tierra y el entorno natural.

El Santo Padre logra, en términos del doctor Gabriel Osorio, patentizar en el contexto cultural del nuevo milenio la entrega oblativa de Cristo por su pueblo, asumiendo las circunstancias críticas que experimenta el planeta entero. Este acto de comunión con los padecimientos y esperanzas de las distintas naciones permite que se convierta en trasmisor eficaz y creíble del Evangelio, en contextos caracterizados por la problematicidad, “Francisco pone siempre delante de los hombres el amor de Jesús, su llamado a la conversión, y testimoniando a Jesús que carga la cruz, recoge los sufrimientos del mundo y los hace visibles” (2019, p. 118).

El Papa realiza un llamado a los jóvenes, en el contexto de la visita a Brasil, para que se comprometan en el servicio generoso al hermano que padece dolencia física y espiritual. Los reta a actuar con valentía cristiana, expresando abiertamente la caridad del Señor; asumiendo la cruz de Jesús a ejemplo del Cireneo; tomando la dirección contracorriente y no excusándose de manera hipócrita como lo hizo Poncio Pilato; comprometiéndose hasta el final como lo testimonia María de Nazaret y María de Magdala (2013a, p. 56).

Estos son los signos concretos del amor al prójimo que reclama la sociedad de este tiempo y que responden a la esencia del Evangelio, expresada en el capítulo 25 de San Mateo. Corresponden al itinerario trazado en *Novo millenio ineunte* para los cristianos de todo el mundo, posibilitando el establecimiento de relaciones fraternas a nivel global en cuanto que se difunde el auténtico humanismo cristiano:

El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse. (2001a, N.º 49)

1

2

3

4

#### 4.2.1. Dimensión personal y familiar

Varios aspectos que hacen parte de la enseñanza social pontificia de comienzos del tercer milenio constituyen valiosos aportes teológicos que pueden aplicarse en el contexto geopolítico futuro. Es decir, bajo la iluminación de la Palabra de Dios y la Tradición eclesial se proyectan fórmulas de solución a la problemática que tiene alcance internacional en lo respectivo a la dimensión personal y familiar. Se consideran tres elementos fundamentales: la unión de la sociedad del siglo XXI a las raíces de fe y vida presentadas por el cristianismo; la atención a la juventud porque posibilita el acceso del futuro en el mundo; la virtud de la esperanza como principio de diseño de mejores condiciones de vida.

Las raíces de fe y vida cristiana han permitido, desde hace siglos, la existencia de un tipo específico de cultura en Europa y América que se identifica con el humanismo garante de la dignidad humana y familiar. Ha producido frutos abundantes en la existencia de los santos que se registran en diversas épocas y latitudes del planeta. Ahora, en los albores del tercer milenio, el Papa Francisco insiste en la necesidad de preservar tales fundamentos del tejido social internacional porque son “garantía de futuro: de ellas brotan gruesas ramas de esperanza” (2021c, N.º 2).

Actualmente se corre el riesgo de atrofiar estas raíces por medio de la *colonización ideológica* que se intenta difundir desde países con alto índice de progreso económico, lo que afecta las políticas internas de las naciones más empobrecidas en el aspecto financiero. Se pretende “consolidar una identidad cerrada” (2021c, N.º 2) en estas regiones del planeta, creando un tipo de sociedad que no cuenta con la iluminación de la dimensión religiosa en la confección de su marco legal y educativo con amplia repercusión en las instancias familiares y sociales. Por tanto, se debe rechazar todo intento de instrumentalización de la fe y costumbres derivadas del cristianismo que se encuentran afectadas “por intereses de prestigio y de poder” (2021c, N.º 2).

El Santo Padre, comentando el viaje realizado a Budapest y Eslovaquia, indica que el crecimiento social integral de las naciones europeas depende de la unión a las raíces cristianas. Por ese motivo no se puede permitir que sean mutiladas con el fin de implantar “ideologías nuevas” (2021c, N.º 2). En cambio, apoya el proceso de transmisión de la fe que se ha registrado desde hace 2000 años y las iniciativas de nueva

evangelización que se han potenciado con el liderazgo de los recientes pontífices de la Iglesia. Estos elementos indicados representan una fuente de profundización teológica y pastoral que permite considerar la vigencia eclesial en el siglo XXI.

El Papa sueña con un continente europeo que pueda gozar de un “nuevo humanismo” en el cual se evidencien las raíces de fe, caracterizado por el respeto a la vida, la acogida al necesitado y al migrante, la valoración del enfermo y el anciano, la belleza de la cultura, la responsabilidad matrimonial, la política centrada en el crecimiento familiar, la protección de los derechos y el cuidado de los deberes del ciudadano (2016d, párr. 24).

De tal manera que el futuro, no sólo de Europa sino de toda la cultura occidental y del mundo entero, depende en gran medida de la capacidad de asimilar en el núcleo de la sociedad la fuerza liberadora que puede aportar el cristianismo con sus virtudes y valores, los cuales son capaces de mantener íntegra la dignidad personal y comunitaria. En este sentido, no se debe evitar por parte del conjunto de naciones el contacto con la experiencia de fe cristiana para que se perciba la potencia creadora que surge del misterio pascual. Así lo entiende el Santo Padre, “[...] la libertad obtenida de la muerte y resurrección del Señor no entra en conflicto con las culturas, con las tradiciones que hemos recibido, sino que más bien introduce en ellas una libertad nueva, una novedad liberadora, la del Evangelio” (2021d, párr. 3).

La enseñanza social de los últimos pontífices considera urgente la atención a la juventud en cuanto que es portadora de futuro. Este hecho se asocia, en términos de la Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, a la experiencia de las pequeñas semillas que logran convertirse en un gran árbol (Mt 13, 23.31-32) o al milagro ocurrido en la multiplicación de los panes y de los peces (Jn 6, 4-13). Se trata de la fuerza expansiva y vital que pueden manifestar los jóvenes del mundo entero a partir de la vivencia de la “misericordia, creatividad y esperanza”, realizando sólo aquello que Jesús indica (2019a, N.º 173).

A fin de garantizar el pleno desarrollo a nivel social, considera el Papa Francisco —en el contexto del viaje apostólico realizado en Brasil— que se deben tutelar varios derechos fundamentales de la juventud a escala global: el acceso a recursos que permiten su formación física y espiritual, entre los cuales se destaca la educación en valores estables

1

2

3

4

que impulsa a vivir con dignidad y apertura a la trascendencia sin olvidar el compromiso responsable con el prójimo (2013a, pp. 17-18).

El encuentro con Jesucristo, revelación definitiva de la realidad divina en la historia, se convierte —en términos de Benedicto XVI— en una de las condiciones fundamentales para que los jóvenes del tercer milenio participen de un movimiento humanista, capaz de generar mejores estándares de vida comunitaria. Por ese motivo recomienda en un evento juvenil celebrado en Roma:

Hay que hacer presente, ante todo en nuestra ‘propia’ vida, al Dios vivo... que se ha manifestado, que se reveló a sí mismo y su rostro. Sólo así nuestra vida llega a ser verdadera, auténticamente humana; y sólo así también los criterios del verdadero humanismo se hacen presentes en la sociedad. (2006, párr. 23)

Este proceso de irradiación de la bondad cristiana, suscitado por la juventud mundial, debe convertirse —según Juan Pablo II— en una fuerza dinamizadora que transforme positivamente las distintas realidades de todos los pueblos a partir de la aplicación concreta de la enseñanza del Señor Jesús por parte de los “centinelas del mañana”. Al respecto afirma el Papa en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*:

[...] es preciso una auténtica revolución cultural y espiritual, que lleve el Evangelio a los ámbitos de la vida. Queridos jóvenes, convertíos en promotores de esta revolución pacífica, capaz de testimoniar el amor de Cristo a todos, comenzando por los más necesitados y los que sufren. (2001a, N.º 4)

El Santo Padre Francisco comparte esta aspiración al promover un movimiento caritativo universal que se imponga ante las tendencias egocéntricas que se implantan en los modelos culturales de la sociedad de consumo y logre centrarse en la atención al hermano. Así lo indica en su mensaje a los líderes juveniles de todos los continentes:

[...] sean luchadores por el bien común, sean servidores de los pobres, sean protagonistas de la revolución de la caridad y del servicio, capaces de resistir las patologías del individualismo consumista y superficial” (2019, N.º 174). Para alcanzar tal propósito es necesario que “sigan superando la apatía y ofreciendo una respuesta cristiana a

las inquietudes sociales y políticas que se van planteando en diversas partes del mundo”. Por tanto, los jóvenes están invitados a convertirse en “constructores del futuro”. (2019a, N.º 174)

El Papa insiste en la necesidad de establecer un proyecto social incluyente en el cual se alcance la participación de los diversos actores de la vida civil para garantizar un porvenir más acorde con las aspiraciones del auténtico humanismo cristiano. Se puede lograr un hábitat eco-comunitario con mayores posibilidades de vida digna “[...] sólo si estamos juntos, sin excluir a nadie” (2017e, párr. 3).

El diseño de mejores condiciones de existencia implica la vivencia de la virtud de la esperanza que es propia “[...] de un corazón que no se cierra en la oscuridad, no se detiene en el pasado, no se mantiene a flote en el presente, sino que sabe ver el mañana” (2017e, párr. 11).

La capacidad de futurizar correctamente depende de la relación que se establece entre la verdad, la libertad y el encuentro con las culturas que determina la posibilidad de existencia de la verdadera esperanza, marcada por un sentido teologal.

La relación personal con Jesucristo, inspirada por la fe, potencia el auténtico despliegue de la condición libre del ser humano (Jn 8, 32) que favorece el crecimiento comunitario. Así lo considera la reflexión teológica de Benedicto XVI, empleando un símil natural que también es referido por el Papa Francisco:

Por un lado, la libertad necesita raíces, es decir, un asidero firme que le evite caer en la pura arbitrariedad. La cultura y el ser humano vendrían a ser como un árbol: con las ramas abiertas a los cuatro vientos de la libertad, pero que ha de tener también unas raíces profundas en el ser y la realidad. (Blanco, 2012, p. 287).

El enraizamiento más estable que requiere la sociedad del siglo XXI se halla en la experiencia religiosa que posibilita la edificación de proyectos de vida con dignidad a partir de la existencia de valores y principios objetivos. Benedicto XVI considera que la revelación trinitaria ofrece amplias posibilidades de futuro en cuanto que supera las expectativas intramundanas:

1

2

3

4

[...] nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. (2007a, N.º 31)

#### 4.2.2. Dimensión ecológica

Distintos elementos se consideran —en relación con el aspecto ecológico— al abordar los aportes teológicos de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI que son aplicables al contexto geopolítico futuro: la edificación de la casa común a partir del anuncio del Evangelio de la Creación; el diálogo entre religión y ciencia que posibilita la conservación ecológica junto al desarrollo comunitario; la gestión integral del recurso hídrico para los pueblos del tercer milenio.

Nuestro mundo, altamente degradado por la intervención errática del ser humano, conserva aún las maravillas que Dios ha obrado a partir de su diseño sapientísimo. Por tanto, invita a la contemplación, adoración y alabanza. Estos signos de reconocimiento de la acción divina fueron característicos de la existencia de San Francisco de Asís que mantuvo continua atención al cuidado del entorno natural. Esta es la “buena noticia” acerca de la Creación que se debe proponer en la sociedad global del futuro.

Es decir, en el siglo XXI puede alcanzarse la *elevatio mentis Deo* en cuanto que a partir de la consideración de las causas segundas, presentes en el Universo, puede lograrse la identificación de la causa primordial que corresponde al Creador y Señor. Así lo comprende el Papa Francisco al señalar en la encíclica *Laudato si'* que es necesario “[...] volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses” (2015a, N.º 75). De tal forma que ante la tentación de dominio despótico frente a la naturaleza es preciso asumir una actitud valorativa del conjunto de las creaturas que conduce a la admiración, respeto y uso prudente de los recursos naturales disponibles.

Así se cumple el designio consignado en Gn 2, 15 por medio del cual Dios encomienda a Adán la guarda del jardín del Edén a partir de la labranza. Este plan incluye la conservación de la armonía entre el Creador, el prójimo y la tierra que posibilita el cuidado sostenible de la casa común. Sin embargo, existen fuerzas de índole geopolítica que impiden la existencia del equilibrio entre los distintos componentes de la realidad natural y social a escala internacional. Prefieren alterar el modelo justo fundado por el Creador con tal de alcanzar el falso protagonismo en el ámbito político, financiero, militar y comercial a costa de la pérdida del orden biocomunitario. El Santo Padre señala al respecto que “lejos de ese modelo, hoy el pecado se manifiesta con toda su fuerza de destrucción en las guerras, las diversas formas de violencia y maltrato, el abandono de los más frágiles, los ataques a la naturaleza” (2015a, N.º 66).

Se requiere de un nuevo liderazgo que integre la visión política y social en favor de la conservación inteligente de los recursos naturales. Se descalifica todo intento de apropiación de bienes naturales y talento humano apelando a la irracional fórmula de la preponderancia de poderío militar, económico o geoestratégico. Jesús de Nazaret se opone —en las exposiciones del Evangelio— a todo dominio despótico:

Está en las antípodas de semejante modelo, y así lo expresaba con respecto a los poderes de su época: ‘Los poderosos de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Que no sea así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande sea el servidor’ (Mt 20, 25-26). (Francisco, 2015a, N.º 82)

Se necesita un giro en el modo de concepción cultural que desde los espacios educativos geste un estilo nuevo de dirección gubernamental glocal que reúne cuatro componentes, expuestos por Su Santidad Francisco ante la Asamblea General de la ONU en 2015: la consideración de un grado superior de sabiduría, la apertura a la trascendencia, la comprensión del sentido existencial como servicio a la humanidad y la Creación con miras al alcance del bien común, la defensa universal del derecho del ambiente.

Este diseño estratégico que propone un nuevo humanismo ecosocial “exige repensar la totalidad de los procesos, ya que no basta

1

2

3

4

con incluir consideraciones ecológicas superficiales mientras no se cuestione la lógica subyacente en la cultura actual” (2015a, N.º 197).

La propuesta integral ubica el conocimiento bíblico y teológico en el ámbito de mayor importancia en la tarea de restauración del hábitat natural planetario en cuanto que la presencia de Dios Creador unifica los esfuerzos nobles de quienes, bajo la inspiración de la fe, salvaguardan los bienes que integran los distintos ecosistemas de la Tierra. Se trata de una concepción propia del humanismo cristiano que presenta implicaciones ecológicas y sociales.

En esta línea de pensamiento se sitúa el Santo Padre al puntualizar en la obra *La vida después de la pandemia* que “se necesita un nuevo modo de mirar nuestra casa común”, comprendida como “el Evangelio de la Creación, que expresa la potencia creadora de Dios al plasmar la vida humana y al hacer que el mundo exista, junto con lo que contiene para sostener a la humanidad” (2020c, p. 61-62).

En el futuro próximo del siglo XXI se requiere también del diálogo entre religión y ciencia que posibilita la conservación ecológica y el desarrollo comunitario. Para tal efecto, es preciso evitar el aislamiento entre las distintas áreas del conocimiento científico y la tendencia a la absolutización del saber porque existen diversos horizontes epistemológicos que deben ser tenidos en cuenta en la tarea de búsqueda de la verdad integral. Es preciso, entonces, que se establezca el diálogo aportante para alcanzar el bien común entre los distintos órdenes del conocimiento y se complementen las soluciones técnicas con la riqueza brindada por el humanismo abierto a la trascendencia para la solución de los problemas globales.

Los creyentes de las diversas religiones también deben contribuir al alcance del bienestar planetario al manifestar la coherencia en su vida cotidiana, respaldando su experiencia espiritual con buenas acciones caracterizadas por el amor, la justicia y la paz.

De esta forma ofrecen apertura a la gracia de Dios en su existencia personal y trazan líneas de acción concretas que permiten el alcance de la ecología integral, atendiendo a las recomendaciones del Papa Francisco en LS 199–201.

Además, el horizonte de comprensión establecido por la experiencia de fe cristiana en el tercer milenio debe registrar una expansión creciente; con lo cual la posibilidad de interpretación teológica



también evidencia una tendencia al alza. Es decir, las fronteras cognitivas del pensamiento teológico se ensanchan más allá de las cuestiones clásicas que atañen a la soteriología personal y, en cambio, derivan en el diálogo directo con el entorno ecosocial, ecuménico y geopolítico. Al respecto, Benedicto XVI, en la encíclica *Spe salvi*, invita a:

[...] constatar también que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte sólo sobre el individuo y su salvación. Con esto ha reducido el horizonte de su esperanza y no ha reconocido tampoco suficientemente la grandeza de su cometido [...]. (2007a, N.º 25)

Es preciso que el conjunto de expresiones de fe cristiana interactúe abiertamente con canales de comunicación y frentes de la realidad vigentes en los hábitats y culturas contemporáneas, en sintonía con las disposiciones ofrecidas por el Concilio Vaticano II.

Sería deseable en este ámbito de relación fructífera entre ciencia y fe en el tercer milenio que “al crecimiento de las innovaciones científicas y tecnológicas correspondiera también una equidad y una inclusión social cada vez mayores” (Francisco, 2020a, N.º 31), lográndose un crecimiento proporcional de la calidad de vida a nivel global. De esta forma podría vencerse la tendencia al elitismo tecno-científico desvinculado de la dramática realidad padecida por millones de personas alrededor del mundo y de la degradación creciente de los sistemas bióticos.

Una acción concreta que permite la reducción de la brecha existente entre el avance científico y la necesidad poblacional se producirá cuando se realice de manera universal la gestión integral del recurso hídrico en el tercer milenio. Esta medida tiene profundas implicaciones teológicas, ecológicas y geopolíticas.

El Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral indica que el derecho de cada comunidad a disfrutar de recursos hídricos halla su fundamento “[...] en las contribuciones papales sobre la dignidad humana, la solidaridad, la justicia, el destino universal de los bienes, la subsidiariedad, el bien común, la ecología integral y la opción preferencial por los pobres” (2020, p. 5).

La misión que impulsa a calmar la sed en el mundo actual guarda

1

2

3

4

directa relación con una obra de misericordia corporal registrada en Mt 25, 35. Allí se indica que es al mismo Jesús al que se atiende cuando se brinda de beber al necesitado de ayuda. En este sentido, ofrecer oportunidades a las distintas regiones del planeta para que accedan al líquido vital corresponde a un deseo que se inscribe en el centro del cristianismo y se identifica con un acto noble que es propio de la sociedad inspirada en la verdad del humanismo.

El Papa Francisco, en la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, explica el sentido de brindar a los diversos pueblos de la tierra el acceso a fuentes hídricas que contribuyan al desarrollo social en armonía con el cuidado de la naturaleza: “Dar de beber, en la aldea global, no sólo supone realizar gestos personales de caridad, sino opciones concretas y un compromiso constante para garantizar a todos el bien primario del agua” (2018d, párr. 6).

Este proyecto de largo alcance implica el establecimiento de planes de financiación internacional que eviten considerar el recurso hídrico desde la perspectiva de la economía de mercado y se determine, en cambio, como patrimonio común de la fraternidad humana, donado por la providencia amorosa del Creador.

#### **4.2.3. Dimensión político-económica**

En el contexto geopolítico futuro se pueden tener en cuenta diversos aportes teológicos que se hallan en la enseñanza social pontificia de comienzos del tercer milenio, en lo respectivo al aspecto político-económico: la necesidad de conversión y perdón divino para extinguir la violencia; la determinación de elementos fundamentales que permitan la resolución de conflictos; el establecimiento de la fraternidad para alcanzar la eliminación de la carrera armamentista.

En términos del Santo Padre Francisco, ante el panorama mundial que se caracteriza por la presencia de la conducta violenta en diversas naciones, se requiere la aceptación de la obra curativa que Jesucristo ofrece a toda la humanidad. Su plan salvífico convierte en “instrumento de reconciliación” a todo aquél que desea renovar su existencia a partir del encuentro con el “amor incondicional de Dios que acoge y perdona” (2017a, N.º 3).

Jesús indica el “camino de la no violencia” porque “enseñó a sus discípulos a amar a los enemigos (Mt 5,44)”. Este itinerario “lo siguió hasta el final, hasta la cruz, mediante la cual construyó la paz y destruyó la enemistad (Ef 2, 14-16)”, trazando un horizonte de pacificación en el mundo (2017a, N.º 3). El compendio de su vida ejemplar se convierte en reto de testimonio para las generaciones venideras y la clase dirigente a nivel local e internacional que debe enrutar el destino de cada nación por la senda del bien, inspirándose en la propuesta misericordiosa del Señor. Desde la llanura de Ur de Caldea (en la actual Irak), en el marco de un encuentro interreligioso de judíos, cristianos y musulmanes, el Papa invita a un éxodo personal que logre la superación del odio y la confrontación entre los pueblos al reconocer la paternidad divina que genera un origen común y que conduce a la relación fraternal y caritativa. Para alcanzar tal propósito es necesario vencer la tendencia al sectarismo que deriva en la exclusión de quienes se consideran rivales o enemigos:

En el camino, estamos llamados a dejar esos vínculos y apegos que, encerrándonos en nuestros grupos, nos impiden que acojamos el amor infinito de Dios y que veamos hermanos en los demás. Sí, necesitamos salir de nosotros mismos, porque nos necesitamos unos a otros. (2021a, párr. 5)

1

2

3

4

Este movimiento hacia el servicio del prójimo se convierte en condición de posibilidad de existencia de la clase dirigente del presente siglo que halla en la enseñanza de Jesucristo un fuerte llamado a la aplicación de tiempo y recursos en favor de la preservación de la dignidad de todo ser humano. El Papa Bergoglio recomienda una estructura de gobierno “capaz de inspirarse en la parábola del buen samaritano, donde se muestra cómo podemos desarrollar nuestra vida, vocación y misión” (2020a, p. 117).

Es posible imaginar un nuevo tipo de sociedad global si se atiende responsablemente a los procesos de reinserción a la vida civil de todas aquellas personas que han incurrido en acciones delictivas a fin de que reemprendan el diseño de su proyecto vital de acuerdo con el designio divino. El Papa dirige su atención a tales grupos al proponer el Jubileo Extraordinario de la Misericordia que otorga el perdón divino, luego de la vivencia de la conversión del corazón. Les recuerda que la fuente del

amor divino “nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tenga necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene” (2015c, N.º 25).

Diversos elementos deberán ser considerados en la tarea de resolución de conflictos a nivel planetario. Según el teólogo argentino Scanonne (2017, pp. 262-265), intérprete del pensamiento del Santo Padre, provienen de su conocimiento antropológico y de su capacidad de afrontamiento de las situaciones adversas que conduce a la valoración positiva de la problemática social. Esta concepción de la estructura conflictiva permite la interacción entre el saber teológico y las condiciones reales de existencia.

Por tanto, en el futuro próximo, se recomienda asumir la dignidad humana, en su diversidad poliédrica, como principio fundamental de acercamiento constructivo que lleva a la superación de las diferencias y se traduce en la amistad social.

En segunda instancia, se debe mantener la búsqueda compartida del bien común, a partir de la actitud de la escucha atenta, en el marco de la cultura del encuentro. En tercer lugar, el discernimiento histórico de la situación problemática, suscita la tendencia a la unidad bajo la inspiración del Espíritu Santo y del recurso práctico de la libertad ciudadana que es atraída por la estética y la bondad.

La evangelización es portadora de tales referentes éticos que ennoblecen la existencia humana y la dirigen hacia la realización del bien. Por ese motivo afirma el Papa que el anuncio de Jesucristo “puede ser vehículo de unidad de aspiraciones, sensibilidades, ilusiones y hasta de ciertas utopías” (2015d, párr. 6). Se trata de un factor unificador que es necesario a la sociedad global del tercer milenio en cuanto que permite reunir en la caridad y la concordia las condiciones diversas de los pueblos y culturas. Implica el compromiso efectivo en favor de las necesidades más apremiantes de los miembros de una comunidad. “De ahí la necesidad de luchar por la inclusión a todos los niveles evitando egoísmos, promoviendo la comunicación y el diálogo, incentivando la colaboración” (2015d, párr. 6).

El Santo Padre recomienda en la encíclica *Fratelli tutti* que, en el marco de las relaciones internacionales del presente siglo, se tome

como ejemplo la conducta de San Francisco de Asís quien fue “padre fecundo que despertó el sueño de una sociedad fraterna” y “buscó vivir en armonía con todos” (2020a, N.º 4). Por tanto, su figura motiva a la búsqueda de la paz entre las naciones como signo de la humanidad que supera la condición conflictiva a partir de la convivencia caracterizada por la humildad y la mansedumbre, expresiones auténticas de la civilización cristiana.

Jesucristo propone el abandono de la actitud dominante por parte de los dirigentes gubernamentales y sugiere el servicio comunitario como expresión del auténtico liderazgo. Este es otro elemento básico para alcanzar el fin de las situaciones conflictivas en el marco político y social.

Al respecto, el Papa recuerda que Jesús de Nazaret “nunca invitó a fomentar la violencia o la intolerancia”; al contrario, “condenaba abiertamente el uso de la fuerza para imponerse a los demás” (2020a, N.º 238). Justamente Mt 20, 25-26 destaca que el sometimiento y dominio autoritario no se recomienda como fórmula a emplear en la conducción de los destinos de la colectividad cristiana.

El establecimiento de la fraternidad para que concluya la carrera armamentista alrededor del planeta se constituye en un reto futuro, según advierte la enseñanza pontificia de los últimos años. Se trata de un problema que no halla solución inmediata pues los gastos de defensa militar siguen creciendo entre las potencias internacionales. Además, altos índices del presupuesto general de las naciones con mayor patrimonio económico se destinan a la investigación y desarrollo de nuevas armas que incluyen tecnología aeroespacial y naval, adelantos de la física nuclear y avances de la electrónica.

Por ejemplo, el líder ruso Vladimir Putin ha presentado —en marzo de 2018— un conjunto de sofisticados equipos de combate que se convierten en fuertes instrumentos de disuasión frente a cualquier tipo de posible amenaza externa. Estos son los nuevos recursos de sus Fuerzas Armadas: el dron submarino intercontinental que genera tsunamis radioactivos; el planeador hipersónico nuclear ‘Avangard’; el misil intercontinental RS-28 que porta ojivas nucleares; el láser de corto alcance ‘Peresvet’; el misil de crucero con cabeza nuclear de alcance ilimitado y el misil hipersónico no detectable ‘Kinzhal’.

Sin embargo, no se puede perder la esperanza en el buen fruto de quienes trabajan por la paz en el plano de las relaciones internacionales.

1

2

3

4

Ante esta escalada armamentista, que genera temor frente al posible inicio de una tercera guerra mundial, se eleva el clamor de la humanidad en favor del encuentro de vías diplomáticas que permitan el acuerdo sensato entre las partes en contienda. Así lo señala la Academia Pontificia de las Ciencias Sociales:

We believers pray to God with the psalm that Jesus himself invoked during his agony on the cross: "My God, my God, why have you forsaken me?" (Ps., 22, 2). As history teaches us, new graces and possibilities may arise from lament and pain, new acts of love and generosity, new heroism for the health and salvation of our brothers and sisters, new scientific knowledge and social attitudes, new supportive leadership, new perspectives and hopes. And this is already a new beginning (2020, p. 6)<sup>15</sup>.

El presente siglo debe caracterizarse, según estima el Santo Padre en Hiroshima, por la búsqueda incesante de la paz, garantizada por políticas generalizadas de desarme. Este es el auténtico inicio de una nueva civilización, centrada en los principios de la no violencia y en la renuncia a tácticas que generan detrimento del desarrollo humano integral:

¿Cómo podemos proponer la paz si frecuentamos la intimidación bélica nuclear como recurso legítimo para la resolución de los conflictos? Que este abismo de dolor evoque los límites que jamás se pueden atravesar. La verdadera paz sólo puede ser una paz desarmada (2019h, párr. 10).

El signo distintivo en el marco geopolítico del tercer milenio debe ser el amor oblativo que se inspira en Jesucristo y no la señal de muerte trazada por Caín en los comienzos de la historia bíblica, en cuanto que se destruye toda posibilidad de coexistencia fraterna:

---

15 Traducción propia: "Los creyentes rogamos a Dios con el Salmo que Jesús mismo invocó durante su agonía en la cruz: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?' (Salmo 22,2). Y, como nos enseña la historia, del lamento y del dolor pueden surgir nuevas gracias y posibilidades, nuevos actos de amor y generosidad, nuevos heroísmos en pro de la salud y salvación de nuestros hermanos, nuevos conocimientos científicos y actitudes sociales, nuevos liderazgos solidarios, nuevas perspectivas y esperanzas. Y esto es ya un nuevo inicio".

Caín, al no aceptar la predilección de Dios por Abel, que le ofrecía lo mejor de su rebaño... mata a Abel por envidia. De esta manera, se niega a reconocerlo como hermano, a relacionarse positivamente con él, a vivir ante Dios asumiendo sus responsabilidades de cuidar y proteger al otro. (Francisco, 2014a, N.º 2)

El riesgo de la conducta homicida debe ser descartado en los procesos de interacción que sostienen los distintos pueblos de la tierra. La vida es la realidad definitiva en la tarea de construcción de civilización global que se preserva en la constante búsqueda del perdón, la reconciliación y la solidaridad, bajo la inspiración de la obra salvífica de Jesucristo:

Como leemos en la Carta a los Efesios, Jesucristo reconcilia en sí a todos los hombres. Él es la paz, porque de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando el muro de separación que los dividía, la enemistad. Él ha creado en sí mismo un solo pueblo, un solo hombre nuevo, una sola humanidad. (cf. 2, 14-16) (Francisco, 2014a, N.º 3)

En su primer mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, el Papa hace un llamado que se extiende a lo largo de todas las décadas del presente siglo, en favor de un mundo armónico que debe experimentar crecimiento continuo en la búsqueda y alcance del verdadero humanismo integral:

[...] deseo dirigir una encarecida exhortación a cuantos siembran violencia y muerte con las armas: Redescubran, en quien hoy consideran sólo un enemigo al que exterminar, a su hermano y no alcen su mano contra él. Renuncien a la vía de las armas y vayan al encuentro del otro con el diálogo, el perdón y la reconciliación para reconstruir a su alrededor la justicia, la confianza y la esperanza. (2014a, N.º 7)

1

2

3

4

### **4.3. Nuevas líneas de investigación inspiradas en la interpretación teológica de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI en relación con la realidad geopolítica**

Con el fin de que se produzcan nuevas líneas de investigación se requiere la profundización en los aportes que realicen a futuro los pontífices de la Iglesia en determinados temas que presenten implicaciones en el contexto geopolítico global y que se conviertan en objeto del proceso de interpretación teológica. Se pueden destacar los siguientes horizontes de investigación: la cuarta revolución industrial, la descarbonización de la economía, la protección sostenible de los recursos vitales (agua, aire y tierra) y la extensión global del desarrollo humano integral.

En todas las áreas de reflexión propuestas es necesaria la capacidad de los investigadores para situar el Evangelio de Jesucristo como un referente moral del actuar humano, al buscar —en primera instancia— el bien común de los pueblos. De tal manera que en el contexto polivalente y multidimensional de la cultura global se presenta como prioridad la integración de todas las áreas del conocimiento, incluida la teológica.

La Comisión Teológica Internacional señala un criterio básico de la teología católica en este milenio que consiste en sostener “el constante diálogo con el mundo”. Este carácter interactivo permite la lectura de los “signos de los tiempos” a la luz de la divina revelación (2012, N.º 58).

Es conveniente, por tanto, que se realice a futuro la interpretación teológica relacionada con los adelantos que se produzcan en torno a la cuarta revolución industrial, cuya propuesta se debe a Klaus Schwab desde 2016, y que implica un nuevo modelo productivo a nivel global caracterizado por el desarrollo de la inteligencia artificial, la robótica, la automatización de procesos y la virtualización de actividades. En sus comienzos, ahora constatados, presenta matices tanto favorables como preocupantes con respecto a la salvaguarda de la dignidad personal. Por ejemplo, garantiza un mejor aprovechamiento de los recursos logísticos necesarios para el abastecimiento de la comunidad global pero puede provocar dificultades vinculadas a la actividad laboral a escala mundial.

Recientemente el Foro Económico Mundial ha indicado que la nueva concepción industrial es irreversible en cuanto que el mundo digital está ofreciendo soluciones a diversas necesidades humanas y se están



eliminando los obstáculos que impedían su difusión, convirtiéndose en oportunidad concreta de democratización de la información.

Two factors have brought the world to an inflection point. The need for digital solutions is urgent and, at the same time, the practical barriers to their deployment are coming down. In particular, the near—universal ownership of mobile phones —the basic tools of digital communication in the 21 century— means that this is “prime time” for the democratisation of the information technology revolution, extending its reach to billions more people. (2022, párr. 8)<sup>16</sup>

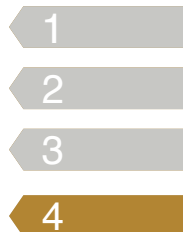
Se propone también la interpretación teológica en lo referente a la descarbonización de la economía, en cuanto que este es el rumbo trazado en el tercer milenio para lograr el ajuste entre crecimiento financiero y cuidado ambiental. Esto implica el empleo exclusivo de combustibles no fósiles y de sistemas energéticos no contaminantes.

En términos de Kristalina Georgieva se requiere un sistema económico novedoso en el cual se supriman los subsidios a los combustibles vinculados al carbón y el petróleo, se aumente la inversión en tecnologías amigables con la ecología y se establezca una correcta transición hacia procesos económicos con bajos niveles de emisiones de carbono:

First, we need market signals that work for the new climate economy, not against it... Second, we need to scale up green investments... Third, we must work for a “just transition” to a low carbon economy within and across countries. (2021, párrs. 6-8)<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Traducción propia: Dos factores han conducido al mundo a un punto de inflexión. La necesidad de soluciones digitales es urgente y, al mismo tiempo, las barreras prácticas para su despliegue se están derrumbando. En particular, la propiedad casi universal de los teléfonos móviles, las herramientas básicas de la comunicación digital en el siglo XXI, significa que este es el “momento de máxima audiencia” para la democratización de la revolución de la tecnología de la información, extendiendo su alcance a millones de personas más.

<sup>17</sup> Traducción propia: Primero, necesitamos señales de mercado que funcionen a favor de la nueva economía climática, no en su contra... Segundo, necesitamos aumentar las inversiones verdes... En tercer lugar, debemos trabajar por una ‘transición justa’ hacia una economía baja en carbono, dentro y entre los países.



Un aspecto para tener en cuenta en la interpretación teológica futura es el correspondiente a la protección sostenible de los recursos vitales (agua, aire y tierra). Se debe prolongar en el tiempo el proceso investigativo que vincula eficazmente los ámbitos de la fe y la razón en cuanto al cuidado ecosistémico, atendiendo al equilibrio entre el uso duradero de bienes naturales, con bajos niveles de impacto ambiental y alto índice de beneficio social:

[...] natural resource use relates to all three dimensions of sustainability: social justice, environmental health, and economic development. The sustainable use of natural resources strives for balance between these dimensions: maintaining the long-term use of resources while maximizing social benefits and minimizing environmental impacts. (Bansard y Schröder, 2021, pp. 2-3)<sup>18</sup>

Finalmente, la interpretación teológica en los próximos años ha de atender a la extensión global del desarrollo humano integral, es decir, a su generalización en el conjunto de los pueblos a partir del establecimiento de directrices políticas que favorecen procesos de transformación social en coherencia con la enseñanza ofrecida por las Santas Escrituras y el Magisterio Eclesial. Por tanto, como afirma Monseñor Auza, Observador Permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas, se requiere la construcción de la “casa común de todos los hombres y mujeres” sobre la base firme de la “correcta comprensión de la fraternidad universal y del respeto a la sacralidad de la naturaleza creada, a partir de cada vida humana” (2016, N.º 14).

Este propósito se logra si la comunidad internacional se inspira en “una sabiduría que se abra a la realidad de la trascendencia y que reconozca que el sentido pleno de la vida individual y colectiva se encuentra en el servicio desinteresado a los demás y en el uso prudente y respetuoso de la creación para el bien común” (2016, N.º 13).

---

<sup>18</sup> Traducción propia: “... el empleo de los recursos naturales se relaciona con las tres dimensiones de la sustentabilidad: justicia social, salud ambiental y desarrollo económico. El uso sostenible de los recursos naturales busca el equilibrio entre estas dimensiones: manteniendo el uso a largo plazo de los recursos mientras se maximizan los beneficios sociales y se minimizan los impactos ambientales”.